

Cenisiente

Miré el vacío de la enorme cama, en el medio permanecía sin nada qué hacer; comencé a observar los detalles del dormitorio, sobrecargado de ellos: me inquietaban en su falta de perfecta pulcritud. Tiré de uno de los llamadores en espera de cualquiera de las criadas.

Estos armoniosos pensamientos hubiera de gustado escribir Cenisiente si no cuadrase¹ su perfil en completa analfabeta; pero, ¿dónde se encuentra la bella en estos momentos? Ya se ha levantado, desayunado, vestido; y mortalmente aburrida, ha abandonado sus aposentos en búsqueda del... No, se equivocan, el príncipe hace una semana que ha partido de cacería; entonces, echemos una ojeada:

- no se encuentra sumida en delicadas labores en la sala de bordado;

-no ha iniciado una sabrosa comidilla con los criados sobre sus hermanastras y su madrastra y los incontables y nutridos tormentos que les infieren a diario: aunque, en realidad y siendo sinceros, sólo les destinan las tareas que ellos reniegan, como palear bosta fresca, lavar y solear las toallas femeninas que se utilizan en esos días, vaciar las bacinillas, en definitiva, cualquier actividad que les provoque la mayor repulsa a su ociosa formación. Pero no, Cenisiente no se encuentra en esas gratas menesteres;

-tampoco ha ido ella a su caminata por el jardín a contemplar a los pajarillos;

-ni aparece en las terrazas avistando la polvareda que provocan los visitantes lejanos al castillo;

en fin... podrían continuar el recorrido; sin embargo voy a adelantarme para no fatigarlos; escuchen:

—Sí, si, más, siiiii, más. No, os detengáis. Más, más...

No se equivocaron: la impoluta Cenisiente está siendo servida por... No, no es el príncipe; ya les dije que él estaba de cacería y no, no dejó todo por venir a asistirle. Y establecido que si yo no

¹ Adviertan la sutil referencia: «cuadrado, analfabeta»

describo —ustedes no pueden ver— paso a detallarles. Ella está prácticamente clavada en la pared que da contra la caballeriza del caballo preferido del príncipe —que también, y como es lógico, está ausente— siendo remanentemente satisfecha por el herrero: herrero de fuertes músculos que la alzan en sus potentes brazos como si fuera una muñeca de viento, herrero de bien mentado miembro casi en poética metáfora con los equinos que tan poderosamente yerra. Y esta visión, del herrero herrando caballos fue la que atosigó a nuestra vulnerable Cenisiente durante noches y noches, y luego tardes y tardes; y cuando el asunto ya empezó de mañana también, decidió que debía ponerle solución al tema.

Y antes de que la juzguen, deberé explicarles algunos entretelones del «vivieron felices y comieron perdices»; con lo segundo no hubo mayores inconvenientes, pero lo primero tuvo sus bemoles —y ya desde la primera noche—. Doncella ella, entre pétalos de rosas esparcidos en el suelo, ingresó trémula con sus enaguas del más fino encaje. Él, galante y caballero, la condujo en sus brazos al lecho; y ahí se estrujó el final a lo que les relaté anteriormente — ¿escucharon la estrepitosa caída?, ¡imaginen una excelsa música celestial, y luego, sométanla al más agudo de los chirridos!—. Prosigo: aunque la bella tenía informaciones mínimas, las provenientes de contemplar la naturaleza, esperaba que no fuera como la de los perros con esa cosa tan desagradable y roja en la punta. No le parecía posible que resultara como la de los burros y asnos; pero, decididamente, no se preparó para que compareciese tan minúscula como la que intentó penetrar su castidad. Y si bien el tamaño no hubiera importado, dada su ignorancia para comparar, lo que sí la alertó fue el tiempo: un suspiro hubiera sido más medible; y si: aunque se perpetraron varios de esos «pum», ella no sintió nada. Pero lo más irónico fue el después: escuchándolo a él, ensalzándose en sus dotes de sangre real, y en la virtud de concebirse mujer por su magnífica hombría; y, para colmo de los colmos, sumirse al tedio continuo de los empalagosos versos que le escribió para la ocasión. Muy bonito que sus ojos fueran candiles de la envidiosa luna y sus manos, ¡imposible recordar lo que eran sus manos!, sin dudas, algo bonito, blanco y suave... Y no es que Cenisiente fuera tosca y no apreciase el arte, ¡claro que no!; pero del arte de un rocío que se enamora de una rosa, y del que ella disfrutaba al alba, a la versada sarta de mentiras que esgrimía su insulso galán, terminó convirtiendo a la gentil Cenisiente en la más endilgada de las cínicas.

A este punto del relato ya estarán percibiendo todo el cuadro: con él siendo un palurdo que se creía poeta y amante extraordinario —y, como es lógico, nadie en su sano o insano juicio se atrevería a modificarle el concepto—. Así que imaginen, a la saludable Cenisiente con la piel asomando candente en cada poro cuando contempla martillar al herrero, y luego, cuando regresa

a su marido, él de finos y delicados pañuelos y sales, quien sólo podrá brindarle una gota para apagar el incendio del bosque. Y como ustedes supondrán, visita va, sonrisas vienen, el príncipe se ausenta y el herrero la entretiene y, ¡cómo la entretiene! Pero no resultemos condescendientes: porque, si bien el sexo era para escribir libros, además se agregaba que el herrero era un tipo ingenioso, locuaz, divertido, un gañán con salidas más perspicaces que una tendera gitana y, para colmo, con una belleza viril, sí, ya saben, de ésas que tanto atrae a las mujeres.

Por lo pronto, y llevada a la tarea de escribir por Cenisiente, les digo lo que ella, de saber escribir, diría:

—Mujer, aprende la lección de Cenisiente y no te cases por un baile, porque aunque la zapatilla de cristal te entre justa, nadie te asegura que no quieras estar descalza.

* * *

²Desde la ventana del pabellón observo el automóvil negro que se aleja por el camino, con mi primo dentro, el incansable Jaime Steinherz-Vargas. Es un muchacho alegre y bullicioso. Un compañero de caza excelente y un buen jinete.

Jaime es primo lejano por parte de madre, de la rama alemana de la familia. Su único defecto, si como tal puede considerarse, es su permanente deseo de divertirse. No consigue parar. Sentado sin hacer nada se siente incómodo. Le encantan los caballos, las motocicletas y el jolgorio. Es admirable.

Le he dejado marchar, a pesar de lo grata que me resulta su compañía. Sé que encontrará con quien divertirse en el pueblo más cercano. Le envidio. Me quedaré aquí, dolorido de tanto cabalgar durante la mañana entera.

Mi ayuda de cámara me ha servido el té y ahora mismo prepara el baño de sales. Después, en la cama, le echaré un somero vistazo a la selección de documentación que me ha preparado el

² Este singular príncipe es obra de la pluma del escritor Juan Ignacio Royo Iranzo, en respuesta a mi Cenisiente.

Secretario de la Casa Real. Su lectura es de lo más aburrida, pero resulta infalible como somnífero. Mañana me despertaré como nuevo mientras mi primo, que se lo habrá pasado en grande bebiendo cerveza y tonteando con las pueblerinas, tendrá que cabalgar sin haber descansado; se lo notaré en la cara ojerosa durante el desayuno. Hará el esfuerzo a pesar de todo, porque jamás le he visto perderse una cacería. Es un hombre adorable, sin duda.

Compartimos el amor a los caballos. Los dos estamos seguros de que nada puede compararse al olor de las bestias tras una cabalgada, nada como sus humeantes ollares al mediodía. Me gusta acariciar sus cuellos poderosos y oír el restallar de sus herraduras cuando cocean los adoquines del patio de las caballerizas.

Ahora mismo, mientras termino mi taza de té en silencio, tengo la cabeza llena de los ruidos y de las imágenes destellantes de la cacería. Todavía puedo percibir el aroma a sudor equino, los ladridos de los perros y, en medio de todo, la presencia de mi primo Jaime sobre su corcel.

El mío se llama Edward, en honor a mi abuelo Eduardo VI, que reinó durante treinta años sin dejar de montar ni un solo día. Lo hizo incluso durante la guerra. Eran otros tiempos. Hoy en día, a los miembros de la Casa Real nos exigen trabajar hasta la extenuación; hay que asistir a demasiadas recepciones, a incontables cenas de gala, a innumerables fiestas de sociedad. Mi abuelo jamás se hubiese molestado siquiera en saber que se celebraban en algún lugar del Reino. Le bastaba con ser Rey y cabalgar.

Edward, mi caballo, ya tiene cuatro años. Es un alazán con una lágrima blanca en la frente. Mi admiración por él no tiene límites. Nunca me defrauda. Si me obligasen a elegir entre Edward y cualquier otra persona en el mundo, le elegiría a él. Le admiro incluso más que a Jaime Steinherz-Vargas, por mucho que me agrade la compañía de mi primo.

Mi ayuda de cámara me anuncia que tengo el baño preparado.

—Muchas gracias, Rufus.

Me asignaron a Rufus Gropius cuando yo apenas era un niño. Hay que reconocer que conoce su oficio. Lleva toda la vida al servicio de la familia real. Es una pena que sea tan viejo. Ya lo era cuando alguien decidió que ocuparía un puesto a mi lado. Sé que se molestaría conmigo, aunque jamás se atrevería a expresarlo, si llegase a sustituirle por alguien más joven. Muchas veces me lo he planteado, pero tampoco puedo reprocharle nada que no sean sus muchos años. Por lo menos tiene cuarenta y cinco.

Compruebo que el agua del baño está a la temperatura adecuada. Ése es el problema. Rufus Gropius cumple con sus obligaciones:

–Señor, le he dejado la documentación del Secretario sobre la mesilla de noche.

–Gracias. Le recuerdo que mañana debe usted despertarme, sin falta, a las nueve de la mañana. También a mi primo Jaime Steinherz-Valdés, a menos que él decida otra cosa.

No sé si alguna vez, de niño, me llegó a gustar que Rufus me cubriese con la toalla al salir del baño. Desde luego que ya no. Preferiría que lo hiciese alguien más joven. Mi ayudante de cámara es mortalmente aburrido. Se repite día a día.

En la cama, me resigno a hojear la documentación dispuesta sobre la mesilla de noche. Son, sobre todo, leyes aprobadas por el Parlamento y recortes de prensa con noticias que el Secretario considera que debo conocer. Generalmente sólo alcanzo a examinar dos o tres papeles antes de quedarme dormido.

Hoy se publica otra vez la tan repetida foto de mi boda con Cenisiente, la que saludamos desde el balcón. ¡Qué contrariedad! Había conseguido olvidarla totalmente durante los días que ha durado la cacería. El titular del periódico dice: « ¿Para cuándo la descendencia?» Siempre lo mismo. Ahí está ella, Cenisiente, a mi lado, con el velo blanco de novia y esa sonrisa absurda que denotaba felicidad. Eso es lo malo de casarse con plebeyas. No entienden que el papel de una princesa no es ser feliz, sino perpetuar el linaje. Debería sonreír menos y quedarse embarazada de una vez. No hay manera. Y eso que lo he intentado hasta cinco veces en el último año.